



CyP

Revista Cambios y Permanencias

Publicación multi e interdisciplinar
orientada a los estudios sociales

Revista Cambios y Permanencias

Grupo de Investigación Historia, Archivística y Redes de Investigación

Vol. 10, Núm. 2, pp. 154-169 - ISSN 2027-5528

Emociones y sentimientos en la lucha por la memoria de las Madres de 'Falsos Positivos' (MAFAPO)

Conceptual contributions Emotions and feelings in the fight for memory of the
Mothers of 'false positives' of Suacha and Bogotá (MAFAPO)

Carlos Arturo Gutiérrez Rodríguez
Universidad Nacional de La Plata
orcid.org/0000-0001-6763-7856

Recibido: 30 de julio de 2019

Aceptado: 2 de octubre de 2019



Grupo de
Investigación
Historia
Archivística y
Redes de
Investigación

Emociones y sentimientos en la lucha por la memoria de las Madres de ‘Falsos Positivos’ (MAFAPO)

Carlos Arturo Gutiérrez Rodríguez
Universidad Nacional de La Plata

Político y especialista en derechos humanos y derecho internacional humanitario de la Universidad Nacional de Colombia. Estudiante de la maestría en Historia y Memoria de la Universidad Nacional de La Plata. Becario del Programa de Becas de Integración Regional para Latinoamericanos.

Correo electrónico: cagutrod@gmail.com

ORCID ID: orcid.org/0000-0001-6763-7856

“Pienso, luego existo” es la frase de un intelectual que subestima el dolor de muelas. “Siento, luego existo” es una verdad que posee una validez mucho más general y se refiere a todo lo vivo.

Milan Kundera, *La Inmortalidad*

Resumen

A principios de 2018 se consolidó MAFAPPO, que significa Madres de ‘Falsos Positivos’ de Suacha¹ y Bogotá. El grupo está integrado por mujeres familiares de jóvenes que fueron asesinados en las llamadas ejecuciones extrajudiciales²: una

¹ El escribir la palabra “Suacha”, en vez de “Soacha”, es una apuesta política por recuperar una pronunciación muisca, propia de los indígenas que habitaban el territorio previo a la colonización española y escondida por años. Sua, significa sol y da un significado distinto al nombre de la población, este pequeño detalle es en sí mismo una práctica de memoria.

² Dado que en Colombia no existe la pena de muerte, no puede hablarse de ejecuciones judiciales, por lo que inicialmente el concepto de ejecución extrajudicial perdería cierto asidero. Sin embargo, ésta es la definición

práctica en la cual el Ejército Nacional de Colombia reclutó y asesinó a civiles que posteriormente fueron reportados como bajas en combate por los cuales los militares reclamaron incentivos. El presente texto apuesta por vincular herramientas de la antropología de las emociones con los estudios sobre memoria, para desentrañar el papel de la dimensión emocional en la lucha de las mujeres de MAFAPO, quienes reclaman verdad, justicia, reparación y garantías de no repetición, en una batalla constante para que su caso no sea enterrado en el olvido. Con esto en mente, el artículo analiza testimonios tomados personalmente, en los cuales puede rastrearse una dimensión política de las emociones.

Palabras clave: Memoria, antropología de las emociones, ‘falsos positivos’, MAFAPO, olvido.

Emotions and feelings in the fight for memory of the Mothers of ‘false positives’ of Suacha³ and Bogotá (MAFAPO)

Abstract

At the beginning of 2018 a group of women created MAFAPO, which stands for Madres de ‘Falsos Positivos’ de Suacha y Bogotá. The group is integrated by women relatives of men killed in the so-called ‘false positives’: a practice where the National Army of Colombia recruited and murdered civilians that were presented as casualties killed in combat; for these killings the military received rewards. This text combines tools from the anthropology of emotions with memory studies in order to set the

adoptada por las organizaciones internacionales, en sintonía con la normatividad internacional y es también el concepto utilizado por algunas organizaciones de víctimas en Colombia.

³ The use of the word “Suacha”, instead of “Soacha”, is a political measure that points to recover an ancient Muisca pronunciation which belongs to indigenous people that live in the town long before the Spanish invasion. “Sua” means son and “cha” means male, that little detail is in itself a practice of memory.

importance of the emotional dimension in the claims of MAFAPO. These women demand truth, justice, reparation and guarantees of no repetition, in a constant battle against oblivion. With this in mind, the article analyzes testimonies that show a political dimension of emotions.

Keywords: Memory, anthropology of emotions, ‘false positives’, MAFAPO, oblivion.

Introducción

En el año 2008, unos jóvenes desaparecieron de Soacha, un municipio aledaño a Bogotá, Colombia. Sus cuerpos fueron encontrados tiempo después en Ocaña, Norte de Santander, a más de seiscientos kilómetros de sus hogares, presentados por la Brigada XV del Ejército Nacional de Colombia como si hubiesen sido guerrilleros dados de baja en combate. La noticia sorprendió profundamente a sus familiares, pues los muchachos no tenían vínculos con grupos armados. Como se descubriría más tarde, se trataba de un montaje en el marco de una maquinaria de muerte en la que sistemáticamente se reclutaban personas de barrios marginales, generalmente en situaciones de vulnerabilidad y escasos recursos, quienes con promesas de trabajo eran llevados a zonas rurales, donde eran entregados al ejército para ser posteriormente asesinados y presentados como *positivos*, término usado en la jerga militar para dar cuenta de los combatientes asesinados.

Por cada *positivo*, los militares recibían ascensos, dinero y permisos, en una lógica que medía los avances de las confrontaciones desde el *conteo de cuerpos*: mientras más muertes, mejor (Decreto Presidencial 1400 de 2006 y Directiva Ministerial Permanente N° 29 de 2005). Una frase que cristaliza ese deseo de obtener resultados es la del condecorado general en retiro Mario Montoya: “yo no quiero regueros de sangre. Quiero ríos de sangre. Quiero resultados” (El Espectador, 2014). Esta situación generó incentivos perversos, que

devinieron en el asesinato de miles de personas⁴, en articulación con grupos paramilitares, como posteriormente testificaría un capitán retirado del ejército (Guevara, 2013).

Familiares de los desaparecidos de Soacha, interpeladas por lo que les sucedió, en articulación con organizaciones defensoras de derechos humanos y junto a un boom mediático que se dio respecto al caso, dieron lugar a un grupo que fue bautizado por los medios masivos como las Madres de Soacha. Diez años después de lo ocurrido y tras una serie de transformaciones, que incluyen la inclusión de más madres, cuyos hijos no habían sido desaparecidos de Soacha sino de otros lugares del país, el colectivo se formalizó, en 2018, como MAFAPO, que significa Madres de ‘Falsos Positivos’ de Suacha y Bogotá.

Estas mujeres enarbolan banderas de verdad, justicia, reparación y garantías de no repetición; articulada con esta última, desarrollan diferentes actividades que intervienen la escena pública con el ánimo de que no se olvide la memoria de sus hijos y buscando incidir políticamente para que este crimen masivo devenga en transformaciones que pasen factura a los máximos responsables de los ‘falsos positivos’.

Este texto pretende aproximarse a la dimensión emocional que atraviesa la lucha memorial de MAFAPO, basándose en testimonios tomados personalmente en enero de este año, en donde la emocionalidad estuvo presente por lo menos en dos sentidos: Uno personal, que tiene que ver con la elaboración del duelo, con lidiar el dolor por la pérdida de sus familiares; y uno político, pues la manera en que su relato es contado busca apelar a la sensibilidad de sus interlocutores, se busca tocar la dimensión emocional de quienes las escuchan.

⁴ “A mediados del 2013 la Fiscalía General de la Nación reportó [...] 3.925 denuncias sobre ejecuciones extrajudiciales entre el 2002 y el 2010, la Coordinación Colombia-Europa-Estados Unidos reportó 5.763 [...], victimarios confirman que cerca del 20% de las muertes presentadas en combate correspondían a ejecuciones extrajudiciales; la Organización de Naciones Unidas proyecta que durante el periodo de la Seguridad Democrática [nombre de la política gubernamental de Uribe], una de cada tres bajas reportadas por el ejército correspondía a falsos positivos” (Rojas y Benavides, 2017:30).

Tanto personal como políticamente, la emocionalidad se vinculó con ideas en torno a la maternidad y a lo femenino, que se anclan en el universo de lo subjetivo y en lo construido culturalmente, recordando que las emociones involucran necesariamente *pensar* y *sentir* (Leavitt, 1996).

Sentirse madre y encontrar en las emociones una fuente de lucha

Generalmente eclipsadas en el estudio de las relaciones sociales, las emociones han sido relegadas a un papel secundario por las ciencias humanas. Entendidas como la antítesis del pensamiento, obnubiladoras, irracionales, inintencionadas e incontrolables; están asociadas a la vulnerabilidad y al peligro, pueden ser enteramente físicas o propias del orden natural, subjetivas y en pocos casos dignas de valor (Lutz, 1986).

Sin embargo, recientemente vienen ganando terreno debido a la “insatisfacción con el paradigma dominante que ve a los humanos como simples procesadores mecánicos de información; una preocupación renovada con entender la experiencia sociocultural desde la perspectiva de las personas que la viven; y el ascenso de enfoques interpretativos en las ciencias sociales” (Lutz y White, 1986, p. 405).

Al tomar testimonios y analizar las declaraciones públicas de MAFAPO, la emocionalidad salta a la vista; por ejemplo, no en pocas ocasiones cuando las madres cuentan lo sucedido lloran (La W, 2017). Asimismo, su relato busca conmover, no hay que olvidar que “un relato provoca resonancias conceptuales, pero también emocionales; evoca y manipula no sólo ideas sino también sentimientos” (Sirimarco, 2014, p. 179).

Por lo tanto, analizar la dimensión emocional de la lucha de MAFAPO, demanda involucrarse con los esfuerzos por teorizar las emociones. De acuerdo con Leavitt (1996), la mayoría de estas iniciativas ha tendido a reducirlas a algo principalmente biológico o de naturaleza sociocultural.

“Cada uno de estos enfoques ha hecho una importante contribución: los enfoques biológicos al mantener el valor de los sentimientos como una característica distintiva de las experiencias que llamamos emocionales; los enfoques culturales al revelar la variedad de maneras para definir y entender lo que llamamos emociones e, igualmente, al mostrar que las emociones no deben asumirse como enteramente privadas e individuales”. (Leavitt, 1996, p. 517).

Siguiendo con este autor, una perspectiva acertada para el trabajo teórico sobre las emociones debe pensarse involucrando ambas dimensiones. En esto coincide Levy (1983), quien considera que la definición del *yo* se da como respuesta parcialmente física, que responde al mismo tiempo a “aspectos de una actitud moral o ideológica; las emociones son tanto sentimientos como construcciones cognitivas, que relacionan personas, acciones y condiciones sociológicas. [...] Tienen que ver con las maneras a través de las cuales las personas dan forma y son formadas por el mundo” (Levy, 1983, p. 128).

Uno de los caminos usados tradicionalmente por la antropología para ingresar a la comprensión de los universos emocionales es el de la empatía, donde se asume que quien realiza la etnografía tiene la capacidad de percibir las mismas sensaciones de quienes está investigando en la medida en que las emociones y los sentimientos hacen parte de un conjunto cerrado y universal. Sin embargo, utilizar la empatía como único camino para la interpretación de los universos sentimentales a la hora de hacer análisis etnográficos representa dificultades, máxime cuando se problematiza la idea de los sentires como universales.

Asimismo, deben tomarse precauciones, pues “las emociones no son más puramente privadas que actos de cognición. No sabemos absolutamente lo que otra persona está sintiendo, pero tampoco sabemos cabalmente qué significa lo que una persona dice” (Leavitt, 1996, p. 529-530). Reconociendo que puede haber problemas en el ejercicio de traducción de esas sensaciones, se hizo evidente que la emocionalidad en la lucha por la

memoria de MAFAPO es un asunto transversal, sus declaraciones las traen a colación constantemente y la manera en la que construyen sus relatos busca tocar las emociones de quien las escucha, apelando a la empatía del interlocutor.

Este análisis no se basa únicamente en la empatía, sino en la expresión literal que las entrevistadas dieron a propósito de sus sentires; emociones y sentimientos que varias veces emergieron espontáneamente. Por ejemplo, cuando Beatriz Méndez describía a su hijo Weimar Armando Castro Méndez, desaparecido de un barrio al sur de Bogotá en 2004 y presentado por el ejército como un guerrillero asesinado, dijo:

“Su sueño era ser arquitecto o diseñador gráfico. Bueno, tantos sueños que han tenido [...] ¿y pa’ qué? ¿pa’ qué tanta trasnochada, tanto frío, tanto esfuerzo? Por ejemplo, cuando ellos estaban en bachillerato, yo era hacer tareas, pasar cuadernos, tantas cosas... Es que uno los apoya en todo, en todo yo apoyé a mi hijo [...] Uno, ayudándoles a subir esos escalones, [por]que ellos tanto quieren llegar a esa cima ¿y pa’ qué? Pa’ que de pronto los cojan y los vuelvan así... Eso le da a uno pues *rabia*, ¿no?”. (Méndez, B., Jenesano, Boyacá, 29 de enero de 2019).

En este fragmento de su relato, cuando habla del frío, del esfuerzo y del trasnocho, además de dar cuenta de experiencias corporales, da cuenta de valores morales, pues es loable esforzarse para poder cumplir los sueños dentro de su contexto cultural. Asimismo, su relato conmueve apelando a las emociones de quien la escucha, buscando despertar empatía para que su interlocutor pueda ponerse en sus zapatos e imaginarse lo que puede sentir. La mención de la rabia al final del relato se mueve en esa doble dimensión: conmueve y justifica las iniciativas que desarrolla para alcanzar verdad y justicia. Sin embargo, la emoción en sí misma no logra movilizar a los familiares políticamente:

“Hay muchas familias que dicen: ¿pero ya no lo mataron? Ya que, con ir pelear no lo vamos a revivir y eso es cierto, pero entonces esto: el denunciar, el querer recordar, el querer que no pase al olvido es para que no vuelva a suceder, porque dicen ¿qué saco yo con denunciar?: Exponerme, exponer a los demás hijos, ser tildados de qué sé yo, porque según una famosa, que yo creo que mamá no es, ni debería llamarse mujer, dijo un día que “los muchachos de Soacha eran unos criminales”, mejor dicho, se *alegraba*

que le hubiera pasado eso a los muchachos, porque habían limpiado a Soacha de ellos y que Soacha estaba *feliz* porque les habían hecho un favor. O sea ¿a quién se le ocurre hablar así? Esa mujer habló, como llaman, con la bilis. Porque una madre, una mujer, habla desde el útero, desde su vientre, desde lo más profundo de ser mujer y ser madre, ser solidarias. O sea, *nos duelen, los hijos de todas nos duelen* a mí me duele la muerte del hijo de la compañera Idalí, de la señora Cecilia, del hermano de ella, el dolor es igual” (Méndez, B., Jenesano, Boyacá, 29 de enero de 2019).

Por un lado, su testimonio ubica al dolor en el centro de la lucha, como uno de los motores que las han alentado a salir a la calle, volviéndolo público. Asimismo, ubica al dolor como un elemento unificador del grupo. Vale recordar que:

“Las asociaciones sentidas o afectivas y las asociaciones semánticas, son tan colectivas como individuales; ellas operan a través de experiencias comunes o similares dentro de los miembros de un grupo que vive en circunstancias similares, a través de la estereotipación de experiencias y a través de expectativas, memorias y fantasías compartidas”. (Leavitt, 1996, p. 527).

El dolor aparece de nuevo en el testimonio de Idalí Garcerá, madre de Diego Alberto Tamayo Garcerá, quien desapareció de Soacha en 2008. Idalí, al denunciar que las dilaciones fueron constantes en el trámite judicial de su caso, que tardó diez años en producir una sentencia, afirmó, “con el *dolor* que teníamos y siempre nos suspendían las audiencias por algún problema de ellos. Que no vino fulano, “hay que suspender la audiencia”, decía el juez” (Garcerá, Centro de Memoria, Paz y Reconciliación, Bogotá, 25 de enero de 2019).

Por otro lado, el testimonio de Beatriz se refiere a declaraciones de María Fernanda Cabal, una congresista del partido de Álvaro Uribe, en cuyo discurso puede rastrearse la idea de que la delincuencia es una suerte de justificación para el asesinato, como si se tratara de vidas de segunda clase, de *nudas vidas* (Agamben, 1998). El fragmento es también interesante, porque esencializa a *la mujer* y la vincula necesariamente a la

maternidad, apelando a la naturaleza. Lo que es bastante problemático, pues María Fernanda Cabal sí es madre, dio a luz a dos hijas y a dos hijos. En ese sentido:

“No hay que olvidar que un relato es una pieza que no está gobernada por la verdad empírica sino por la necesidad narrativa, que pertenece al plano de la interpretación de los hechos y no de su descripción y que lo que prima en ella no es cuánto se acerque o se aleje del suceso narrado en realidad, sino la realidad que ese suceso narrado ayuda a construir”. (Sirimarco, 2017, p. 33).

En este caso, se ayuda a la construcción de que la maternidad es sinónimo de bondad, basándose en la biología y en la naturaleza, a pesar de que el verdadero origen de este pensamiento esté en la cultura, en la red de significados que existe en torno a la relación de una madre con las personas que da a luz.

En esa dirección son reveladoras las palabras de Jacqueline Castillo, actual representante legal de MAFAPO y hermana de Jaime Castillo, quien fue reclutado, desaparecido y asesinado en el marco de los ‘falsos positivos’. Al preguntar a Jacqueline por qué MAFAPO es un colectivo de mujeres, en el que la participación de hombres es prácticamente inexistente, ella contestó:

“Yo diría, como hermana, que me pondría también como en la posición de las madres. Entonces quisiera que de pronto, ese ser que nosotros llevamos en nuestras entrañas, al que dimos la vida, ese proceso de ser madre realmente yo creo que es lo que nos tiene aquí dando esta lucha porque es que es como si le arrancaran a uno un pedazo de su ser. Yo pienso que es la manera de nosotros estar acá *frenteando esto como mujeres*, porque como algunas han dicho: parimos a estos hijos. Creo que es lo que realmente nos da esa fuerza de tener esta lucha” (Castillo, Centro de Memoria, Paz y Reconciliación, Bogotá, 1 de febrero de 2019).

Que ella, sin pasar por el proceso biológico de dar a luz a Jaime, se considere *madre*, demuestra que la maternidad está atravesada por una construcción cultural que al mismo

tiempo se articula al universo de los sentidos. Esos sentires están en el centro de la lucha, pues ella los considera la fuente de fuerza para adelantarla.

Allí, es muy importante la concepción dada a lo femenino, ellas *frentean como mujeres*. Hay una articulación entre la emoción y la feminidad, que tiene que ver con la creencia equivocada y determinista que asume a las mujeres como ““más emocionales que los hombres’ [...] La mayor condición natural de las mujeres es pensada en la cultura occidental como algo derivado del soporte de los hijos y su rol en la crianza de los mismos”⁵ (Lutz, 1986, p. 300). No obstante, el análisis de Lutz articula la mayor propensión a la emocionalidad con una construcción hegemónica que desvaloriza a las mujeres, resultado del menosprecio existente sobre las emociones. En este caso, la emocionalidad y su relación con lo femenino se reivindican como una fuente de fortaleza. Al respecto, Carmenza Gómez, madre de Víctor Gómez, asesinado en el marco de los ‘falsos positivos’ y madre de John Nilson Gómez, quien fue asesinado por investigar lo que sucedió con su hermano, afirma:

“Usted sabe que nosotras las mujeres somos como las más *berracas* con los hijos. Que uno va al colegio, que los lleva al médico, que no sé qué. Si le tocó trasnochar, trasnochó con ellos. Así estén viejos [...] desde que uno viva siempre está con ellos, siempre va a estar la mamá ahí. Por eso dice el dicho: mamá no hay sino una sola, porque es la única, la única” (Gómez, Centro de Memoria, Paz y Reconciliación, Bogotá, 1 de febrero de 2019).

Su alusión a la *berraquera*, entendida desde el contexto colombiano en el cual es sinónimo de valentía y fiereza, da cuenta de un valor asociado a lo femenino, que se relaciona con una suerte de propensión natural (que en realidad es una construcción social) a que las mujeres luchen más por y junto a sus hijos para *sacarlos adelante*.

⁵ Aunque la autora hace un análisis sobre el papel de las emociones en las ideologías hegemónicas de occidente, a pesar de que este texto no analiza una sociedad occidental, encuentro útil el texto en la medida en que Latinoamérica está profundamente embebida ideológicamente por occidente, particularmente en lo que se refiere a las construcciones culturales dominantes sobre la emocionalidad.

En esa misma dirección se mueve el testimonio de Clara Inés Méndez⁶, hermana de Beatriz y madre de Edward Benjamín Rincón Méndez, asesinado junto a su primo Weimar en 2004. Clara Inés, ante la pregunta sobre el protagonismo de las mujeres en la lucha adelantada respondió:

“Por qué las mujeres, nosotras las mujeres somos las que dimos a luz esos hijos, tuvimos esos hijos nueve meses en el vientre, entonces *sentimos* más apego, más dolor y la valentía para hacer valer los derechos y que se haga justicia por la memoria de ellos y que no haya repetición. Y los papás, pues los papás dicen que trabajando, los papás sacan el cuerpo, los papás no hacen como esa entrega. Hay padres que sí, pero como hay padres que no” (Méndez C., Jenesano, Boyacá, 29 de enero de 2019).

Ahora bien, “no debemos ver las emociones primariamente como *significados* ni como *sentimientos*, sino como experiencias aprendidas y expresadas en el cuerpo, [...] Las emociones son *sentidas* en la experiencia corporal, no solo son conocidas, o pensadas o aprendidas” (Leavitt, 1996, p. 526). Sobre esa dimensión corporal, son reveladoras las palabras de Zoraida Muñoz, otra integrante de MAFAPO, madre de Yonny Duvian Soto Muñoz, reclutado, asesinado y presentado como guerrillero por el ejército. Su testimonio hablaba a propósito de la primera audiencia del caso sobre muertes ilegítimamente presentadas como bajas en combate por agentes del Estado en la Justicia Especial para la Paz⁷:

⁶ Clara Inés no hace parte de MAFAPO, pero es madre de un ‘falso positivo’. Que no haga parte del grupo tiene que ver con que vive en un pueblo a tres horas de Bogotá y no cuenta con las capacidades económicas para asistir todos los viernes a las reuniones del colectivo.

⁷ La JEP es un tribunal especial diseñado por el Acuerdo Para la Terminación del Conflicto y la Construcción de una Paz Estable y Duradera, con el objetivo de sancionar los delitos cometidos durante el conflicto armado desde un paradigma restaurativo y no retributivo. En ella, se aceptaron a las fuerzas armadas, bajo el entendido de que fueron un actor en el conflicto, cuya información es clave para esclarecer los vericuetos por los cuales pasó el país. Se apuesta porque desde allí se repare inmaterialmente a las víctimas y se aporte a la construcción de la verdad y la no repetición, con la condición de que los delitos de lesa humanidad o aquellos con una gravedad similar no serán nunca amnistiables u objeto de indulto, lo que no excluye el pago de penas alternativas a la prisión. El caso 003, sobre muertes ilegítimamente presentadas como bajas en combate por agentes del Estado, tuvo su primera audiencia de reconocimiento y sometimiento al régimen especial el 10 de agosto de 2018. A ella fueron invitadas las mujeres de MAFAPO y otras madres de ‘falsos positivos’ que no hacen parte del colectivo, como Luz Marina Bernal, madre de Fair Leonardo Porras Bernal.

“Las compañeras se enfermaron, se enfermaron. Es que eso es duro, mirar los hijuemadres tipos ahí, los del ejército, donde ellos no decían, no pedían el perdón así porque les saliera de la boca, sino con un papel, leyendo y pidiendo el perdón. ¿qué es eso? Mira yo me levanté y le di gracias a Dios por todo lo que tenía, pero con una *tristeza horrible*, horrible. Dije: yo tengo que ir a la JEP ¿voy? Pero esa tristeza no me dejaba y mejor que no fui porque las compañeras allá casi a una le da un infarto, a otras les tocó ponerle médico. No, eso fue terrible, ver a todos los desgraciados ahí riéndose, con vestido de paño. Andan como Juan por su casa ¿y nosotras qué? Y ellos sí con escoltas ¿y nosotras qué? Nosotras como víctimas estamos a la deriva, como una pluma y ellos sí con tremendos carros, con escoltas, bien elegantes y las pobres lloronas *llevadas*” (Muñoz, Centro de Memoria, Paz y Reconciliación, Bogotá, 1 de febrero de 2019).

Su testimonio da cuenta de la corporalidad de las emociones. El paso por la experiencia de ver a los asesinos derivó en la enfermedad de varias. Lo que recuerda “la idea construccionista de que las emociones son sociales y no puramente de naturaleza privada, la implicación de esta premisa, si aceptamos que las emociones envuelven tanto significar como sentir, es que los sentires del cuerpo son también de naturaleza social” (Leavitt, 1996, p. 522). En este caso, la enfermedad, algo netamente corporal, fue producto de una situación social.

Adicionalmente, en su relato se sienta una posición de indignación respecto al trato que reciben los militares en contraste con el de ellas. El uso de la palabra *llevadas*, colombianismo que indica una situación de abandono y de enormes dificultades, es clave para denunciar cómo el Estado, a pesar de afirmar un compromiso con ellas, por lo menos hasta la realización de la entrevista no logra un buen acompañamiento.

Además, Zoraida menciona cómo la tristeza fue clave en que no pudiera asistir, hay una manifestación de esa dimensión personal de las emociones que está en el centro de las iniciativas que desarrolla MAFAPO y que en este caso le impidió ir a la audiencia.

Para cerrar, traigo a colación de nuevo palabras de Jacqueline Castillo, quien da cuenta del manejo de esa emocionalidad hacia adentro, para que después pueda haber una movilización política hacia afuera que reclame frente al asesinato de sus familiares:

“En cierta manera también tuvimos asesoría y apoyo psicológico. Fue en ese momento algo tan impactante que nos dejó destruidos totalmente y nosotros de alguna manera necesitábamos empezar a reparar ese daño. Nunca nosotros elegimos estar en una situación de estas y enfrentarnos a algo tan duro realmente lo deja a uno desarmado, pero pues finalmente, creo que para estos diez años que llevamos de lucha, podemos hoy en día decir que nos hemos fortalecido mucho más nosotras casi solas que con el acompañamiento de otras organizaciones, porque finalmente ellos eran como la parte de la psicología y tratar de sanar esas heridas y realmente sí era muy complicado. No podíamos hablar del tema, se nos atragantaba aquí todo, hoy en día en lo poco que has hablado con las mamitas te das cuenta que están más empoderadas, tienen mucha más fuerza para tocar el tema. De hecho, se viaja a varias ciudades, en universidades, en colegios” (Castillo, Centro de Memoria, Paz y Reconciliación, Bogotá, 1 de febrero de 2019).

Conclusión

La lucha política adelantada por estas mujeres para que no se olvide la memoria de lo que sucedió en Colombia frente a los ‘falsos positivos’ es primeramente una batalla emocional en la que ellas deben encarar, por ejemplo, la tristeza y el dolor generados por el brutal arrebato de sus familiares. Se trata de “*personas de carne y hueso*, [que] enfatizan en la existencia de lazos que aparecen signados por la afectividad y teniendo por eje el dominio de lo doméstico y cotidiano” (Pita, 2010, p.75).

Ese dolor es llevado de lo privado a lo público, se comparte y se politiza reclamando verdad, justicia, reparación y garantías de no repetición. Parte de esa politización, según contó Idalí, incluye el interés de trabajar con otras víctimas de violencia: “Nos toca trabajar con víctimas. Así como han trabajado con nosotras, también nos tocaría trabajar con víctimas. Oír. El diálogo, oír lo que las víctimas tienen por decir. Lo mismo que hicieron

con nosotras” (Garcerá, Centro de Memoria, Paz y Reconciliación, Bogotá, 25 de enero de 2019). En esto coincide Carmenza Gómez:

“Para mí ha sido muy importante, porque de ser ama de casa, de [ir] de mi trabajo a mi casa y de mi casa a mi trabajo y ser una madre ejemplar, porque yo fui una madre ejemplar para mis hijos, y volverme sujeta política, defensora de los derechos humanos, eso es una lucha, es una lucha y mientras Dios me tenga con vida seguiré en la lucha. Así sea en el grupo de las madres de Soacha o sea con otras organizaciones de víctimas, pero lo haré e iré a donde me llamen, a donde me inviten iré a acompañar a víctimas como lo he hecho, *a dar esperanza, a dar fuerza, fortaleza para que denuncien y no tengan miedo*, que las amenazas que a uno le hacen es para callarlo, es cierto a mi hijo lo callaron por las amenazas y yo no voy a dar el brazo a torcer” (Gómez, Centro de Memoria, Paz y Reconciliación, Bogotá, 1 de febrero de 2019).

Escojo este fragmento de su testimonio para concluir, porque muestra que lo emocional es un asunto crucial, que su dolor por perder a sus hijos se transformó en una fuente de fuerza que alienta sus actividades como sujeta política y como defensora de derechos humanos. Esta dimensión emocional también es importante en otras víctimas. Concretamente menciona al miedo y la necesidad de dar fuerza para que otras personas que han sido víctimas de procesos violentos puedan dar el salto que ella dio y reclamar frente a lo que les sucedió: es una batalla emocional que puede dar paso a una lucha política. Finalmente, la manera de contar el relato, consciente o inconscientemente, busca tocar las fibras emocionales de quien la escucha. Carmenza quiere *dar esperanza*. Asimismo, su descripción como madre ejemplar busca calar en los sentimientos de quien la escucha, es una apuesta por conmover, recordando que “no sólo lo que se dice o lo que se hace imparte conocimiento: éste, muchas veces, elude la acción o el lenguaje y se ancla más en sentires que en saberes” (Sirimarco, 2010, p. 130).

Bibliografía

- Agamben, G. (1998). *Homo Sacer, el poder soberano y la nuda vida*. Valencia, España: Pre-textos.
- Castillo, J. (1 de febrero de 2019). Entrevistada por C. Gutiérrez. Centro de Memoria Paz y Reconciliación, Bogotá, Colombia.
- Garcerá, I. (25 de enero de 2019). Entrevistada por C. Gutiérrez. Centro de Memoria Paz y Reconciliación, Bogotá, Colombia.
- Gómez, C. (01 de febrero de 2019). Entrevistada por C. Gutiérrez. Centro de Memoria Paz y Reconciliación, Bogotá, Colombia.
- Gómez, C., Hernández, F., y Palacio, L. (06 de abril de 2017). Madres de Soacha hablan con Vicky en La W. (V. Dávila, Entrevistador) Recuperado de https://www.youtube.com/watch?v=smwW51nM_6s&t=2545s
- Guevara Cantillo, A. (septiembre de 2013). Entrevistado por G. Guillen. Cárcel Nacional Modelo, Barranquilla, Colombia. Obtenido de <https://www.youtube.com/watch?v=X18GsQDwMZ0>
- Leavitt, J. (1996). Meaning and Feeling in the Anthropology of Emotions. *American Ethnologist*, 23(3), pp. 514-539. Recuperado de <http://www.jstor.org/646350>
- Lutz, C. (1986). Emotion, Thought, and Estrangement: Emotion as a Cultural Category. *Cultural Anthropology*, 1(3), pp. 287-309.
- Lutz, C., y White, G. (1986). The Anthropology of emotions. *Annual Review of Anthropology*, 15, pp. 405-436.
- Méndez Piñeros, B. (29 de enero de 2019). Entrevistada por C. Gutiérrez. Jenesano, Boyacá, Colombia.
- Méndez Piñeros, C. I. (29 de enero de 2019). Entrevistada por C. Gutiérrez. Jenesano, Boyacá, Colombia.
- Muñoz, Z. (01 de febrero de 2019). Entrevistada por C. Gutiérrez. Centro de Memoria Paz y Reconciliación, Bogotá, Colombia.
- Pita, M. V. (2010). *Formas de morir y formas de vivir, el activismo contra la violencia policial*. Buenos Aires: Del Puerto y Centro de Estudios Legales y Sociales.

- Redacción Judicial. (09 de junio de 2014). Los falsos positivos de González. *El Espectador*. Recuperado de <https://www.elespectador.com/noticias/judicial/los-falsos-positivos-de-gonzalez-articulo-497390>
- Rojas, O., y Benavides, F. (2017). *Ejecuciones Extrajudiciales en Colombia, 2002-2010. Obediencia ciega en campos de batalla ficticios*. Bogotá, Colombia: Universidad Santo Tomás.
- Sirimarco, M. (2010). Memorias policiales, narrativas de emotividad. *Publicar*, pp.123-139.
- Sirimarco, M. (2014). La cosa y la palabra. Relato y emocionalidad en un museo policial. *Revista del Museo de Antropología*, pp. 177-188.
- Sirimarco, M. (2017). El "vigilante de la esquina". El rol de la nostalgia en la construcción de relatos policiales argentinos. *Antropología portuguesa*, pp. 29-48.